

ISSN 1851-3719



ITINERARIOS

ANUARIO DEL CEEMI

Año 1 / Número 1 / 2007

CENTRO DE ESTUDIOS "ESPACIO, MEMORIA e IDENTIDAD"

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Facultad de Humanidades y Artes

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO


UNR
EDITORA
COLECCIÓN
ACADÉMICA
EDITORIAL DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA


UNR
EDITORA
COLECCIÓN
ACADÉMICA

ISSN 1851-3719

ITINERARIOS

ANUARIO DEL CEEMI

Año 1 / Número 1 / 2007

ISSN 1851-3719

ITINERARIOS

ANUARIO DEL CEEMI

Año 1 / Número 1 / 2007

CENTRO DE ESTUDIOS "ESPACIO, MEMORIA e IDENTIDAD"

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Facultad de Humanidades y Artes

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Autoridades
CENTRO DE ESTUDIOS “ESPACIO, MEMORIA E IDENTIDAD”

Coordinación general: Claudia Gotta
Coordinación de Investigación: María Luisa Múgica
Coordinación de Posgrado: Marisa Germain
Coordinación de Extensión: Analía Manavella
Coordinación de Publicaciones: Beatriz Dávilo

ANUARIO DEL CEEMI

Consejo Directivo

Beatriz Dávilo
Marisa Germain
Claudia Gotta
Analía Manavella
María Luisa Múgica

Comité Académico

Antonio Annino (*Universidad de Florencia*)
Dora Barrancos (*Universidad de Buenos Aires*)
Lilia Ana Bertoni (*Universidad de Buenos Aires*)
Manuel Cruz (*Universidad de Barcelona*)
Arturo Fernández (*Universidad Nacional de General San Martín*)
Noemí Goldman (*Universidad de Buenos Aires*)
Hugo Quiroga (*Universidad Nacional de Rosario*)
Juan B. Ritvo (*Universidad Nacional de Rosario*)
Luis Alberto Romero (*Universidad de Buenos Aires*)
Marcela Ternavasio (*Universidad Nacional de Rosario*)
Hugo Vezzetti (*Universidad Nacional de Buenos Aires*)

PRESENTACIÓN

Este anuario es un proyecto largamente anhelado por quienes conformamos el Centro de Estudios 'Espacio, Memoria e Identidad'. La generación de ámbitos de debate plural siempre ha sido el objetivo de este Centro que surgió tímidamente en los bordes de la vida universitaria, y que por lo tanto reconoce el impulso y la imaginación creativa que suelen desarrollarse en los márgenes.

Contra toda pretensión hegemónica, este anuario invita a emprender el camino de la crítica y busca habilitar caminos para el disenso, dos pilares fundamentales sobre los que se sostienen tanto la producción de saberes como la convivencia académica. Recogemos, en síntesis, la propuesta foucaultiana de 'pensar contra sí mismo' y abrimos este espacio para quienes estén dispuestos a someter a discusión los supuestos y los alcances de su propia producción intelectual.

CONSEJO DIRECTIVO

ITINERARIOS

Es la producción del Centro de Estudios "Espacio, Memoria e Identidad" de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.

Publicación periódica anual. Edición de 300 ejemplares

Riobamba 250 bis - 2000 - Rosario

itinerariosceemi@hotmail.com

ISSN 1851-3719



REUN
RED DE EDITORIALES
DE UNIVERSIDADES
NACIONALES



**EDITORIALES
DE LA A.U.G.M.**
ASOCIACIÓN DE UNIVERSIDADES
GRUPO MONTEVIDEO



IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
UNR EDITORA - EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

ARTÍCULOS

oposición a otra región del país, otrora inexistente en el mapa —el Nordeste—, designado como lugar de la ausencia de la Historia. En el imaginario que entonces se constituyó, este mundo rural tradicional, ardiente y oprimido, marcado por ritmos lentos y pesados, lugar de las “vidas secas”, de la sensualidad fuerte de mujeres como Gabriela, de movimientos sociales “pre-políticos” como el bandidismo, centro de la Casa Grande y Senzala, no tendría condiciones mínimas de posibilidad de producción de ciudadanos suficientemente racionales para merecer espacio privilegiado en la decisión o conducción de los rumbos de la nación.

Finalmente, me gustaría destacar en ese mismo campo de problematizaciones, la novedad teórica traída por el feminismo contemporáneo: la *categoría de género*, conceptualizada principalmente por una historiadora que también venía de la historia social, Joan Wallach Scott²⁸. A través de esta categoría, las intelectuales feministas han procurado pensar la constitución de los sujetos sexuales como un movimiento relacional y complejo, rompiendo con una lógica identitaria que, incapaz de percibir y trabajar las diferencias, aprisionaba a las mujeres en un ghetto conceptual. Se deja progresivamente de lado el “estudio de las mujeres”, considerándose que esta identidad no está biológicamente fundada, sino social y culturalmente construida, y que por lo tanto debe ser pensada en relación al género masculino, también él social y culturalmente construido, considerándose las múltiples relaciones que se establecen en la vida social.

Los estudios de género vienen ganando ciertamente un espacio destacado en las universidades y en los núcleos de investigación, apuntando hacia la necesidad de deconstrucción de nuestras referencias paradigmáticas sobre la femeneidad y la masculinidad, en un mundo que ciertamente aprendió con Foucault que las esencias y las identidades naturales son una ficción y no una realidad empírica y que, como cantó el poeta “as coisas estao no mundo, só que eu preciso aprender”.

APUNTES SOBRE EL PRESENTE

28. Joan W. Scott *Gender and the Politics of History*, Nova Iorque, Columbia University Press, 1988.

SOBRE LOS HISTORIADORES, LA POLÍTICA Y LA UNIVERSIDAD

Susana Belmartino¹

“...Desentendida de las exigencias del saber riguroso, nuestra política de la memoria...tuvo como propósito construir una imagen del Proceso tal que sirviera para fundamentar la nueva democracia...”

Hemos logrado mucho más en el aborrecimiento del Proceso que en su comprensión, y esta carencia tiene consecuencias cívicas y políticas importantes...

El maniqueísmo, en una cierta medida, es bueno para alimentar la convicción y la fe colectiva y constituir una identidad, y la nueva democracia necesitaba mucho de ello. Pero suele ser la fuente de una nueva intolerancia, manifiesta tanto en las prácticas como en las ideas.

Con la democracia construida en 1984 faltó en primer lugar una mirada crítica, que achicara la brecha entre el ideal y la realidad; luego faltó también una mirada comprensiva que procurara entender las razones de esa brecha.

Faltó lo que usualmente puede proveer un saber histórico...

...ninguna sociedad se construye de la nada. Ni el Proceso ni la democracia. El Proceso no fue un suceso extemporáneo; estuvo ligado por múltiples lazos con la experiencia acumulada de la sociedad argentina. En su inmensa maldad –quién duda de ello–, sus responsables fueron criaturas de nuestra sociedad...

Por su parte, la democracia, que debía en su imaginario renegar del pasado inmediato, no nació de un repollo sino de ese mismo vientre: se construyó con los materiales existentes, precarios, de desecho quizá...”

L. A. ROMERO, “La democracia y la memoria del proceso”².

Los interrogantes planteados por Luis Alberto Romero en la cita del acápite sintetizan claramente las expectativas que sobre el saber histórico se han depositado desde hace algunos años, por lo que se considera su capacidad explicativa tanto en el campo de las ciencias sociales, como en el de la política. En el caso argentino, en

1. Susana Belmartino es doctora en Historia por la Universidad de Aix-en-Provence, investigadora del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario (CIUNR), y profesora titular de la cátedra de Historia Argentina del Siglo XX, de la Carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, de dicha universidad.
2. En B. DÁVILO, M. GERMAIN, C. GOTTA, A. MANAVELLA y M.L. MÚGICA, *Territorio, memoria y relato en la construcción de identidades colectivas*, Rosario, UNR Editora, 2004, T. I, pp. 13-16.

la disciplina histórica se pretende sostener la comprensión del desenvolvimiento, por momentos caótico, de las instituciones: en palabras de Romero, la comprensión del pasado tiene consecuencias cívicas y políticas.

Quisiera, en este diálogo textual con Romero y aceptando el eje de debate elegido por él, ubicar mi reflexión en el problema de la intolerancia, pero ya no en la memoria del Proceso, sino en el interior de la Universidad. En torno a este problema se articulan, al menos, dos cuestiones que considero centrales: las posibilidades heurísticas que ofrece la historia, y el rol de los que nos dedicamos al quehacer historiográfico en el ámbito universitario, en lo que Romero plantea como nuestra doble identidad de ciudadanos y de historiadores³.

En este sentido, lo más honesto y coherente que puedo ofrecer es una reflexión sobre mi propio trabajo. En ese tipo de abordaje el riesgo de una perspectiva autocentrada es fuerte y puede generar algunos antagonismos perfectamente justificados. Sin embargo, si esos antagonismos se vuelcan al debate tendríamos el beneficio adicional de recuperar una dimensión del trabajo académico relativamente ausente en nuestras instituciones de investigación y docencia.

La pregunta que procuraré responder aquí es relativamente simple y aparentemente obvia: ¿cómo pienso la historia y cuál es el mejor camino para hacer efectiva esa concepción en un relato particular sobre un área específica del quehacer historiográfico?

Este camino toma para mí la forma de una confluencia. O tal vez mejor, me lleva a intentar un equilibrio en una situación que a mi criterio se presenta decididamente asimétrica. Esa confluencia o condición de equilibrio vincula por un lado a desarrollos de las ciencias sociales que apuntan a incorporar en sus análisis la perspectiva histórica en función de su reconocida capacidad explicativa y por el otro al trabajo historiográfico –tal como se desarrolla entre nosotros– que solo muy lenta y tímidamente comienza a incorporar las perspectivas teóricas que le brindan disciplinas afines.

Soy plenamente consciente que sería abusivo afirmar que los historiadores contemporáneos desdeñamos la teoría social. Se trata a mi criterio de una cuestión de matices, que sin embargo tiene una importancia clave en la construcción del texto. Los historia-

dores en general utilizamos conceptos teóricos o categorías para ordenar nuestro relato, para apuntalar conclusiones, para reforzar argumentos, para hacer más efectiva la comunicación de una reflexión compleja. También hablando en términos generales, a mi criterio no los utilizamos en medida suficiente para definir desde el comienzo mismo de la investigación las coordenadas que darán forma a nuestros objetos de estudio.

Ya se la piense como confluencia o como restauración del equilibrio, la cuestión que quiero plantear remite a un posicionamiento relativamente frecuente en las ciencias sociales que ha conducido a algunos analistas o metodólogos a postular la existencia de lo que caracterizan como un *giro histórico*.

En palabras de un reconocido exponente de esa orientación metodológica, Terrence McDonald "*uno de los aspectos diferenciadores de las actuales corrientes intelectuales es un giro hacia la «historia», que avanza en las humanidades y ciencias sociales contemporáneas*". Para este analista, "*los signos de una transformación significativa de las agendas intelectuales en las ciencias humanas serían evidentes en la aparición, entre otras innovaciones, del nuevo historicismo en literatura y teoría legal, un interés recuperado por la historia en filosofía, un nuevo institucionalismo históricamente orientado en ciencia política, una vertiente etnohistórica en antropología, de la sociología histórica en el respectivo campo e incluso una discusión metodológica mas reflexiva e historicista en el interior de la misma historia*"⁴.

Esta transformación sería en sí misma histórica en tres sentidos

1. *Representa un cambio de época en relación a una ciencia social constituida al menos en parte en oposición a la historia, en los años de la inmediata posguerra.*

2. *Contiene un polémico y escasamente definido giro hacia la historia, no sólo ni fundamentalmente como disciplina, sino como pasado, proceso y contexto, y su inclusión como un componente de investigaciones sobre una variedad de campos.*

3. *Está generando un interrogante renovado en la construcción de discursos e investigaciones disciplinarios en el campo de la historia*⁵.

La principal justificación de este esfuerzo de diferentes dis-

3. *Ibidem*, p. 13.

4. McDonald, Terrence J. (Ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Michigan: University of Michigan Press, 1999, pág. 5.

5. *Ibidem*

ciplinas por buscar en el pasado las lógicas constitutivas de los problemas contemporáneos puede expresarse en pocas palabras.

En muchas de estas áreas se apuesta a una mayor *capacidad explicativa* que sería propia del relato histórico. En esos términos ese relato puede estar dotado de una capacidad hermenéutica que no siempre los mismos historiadores reconocen o utilizan en todo su potencial.

Hay una frase muy simple que comanda este tipo de esfuerzos basados en el potencial hermenéutico de la reconstrucción histórica: *la historia importa porque la historia explica*. En esa lectura, la sociedad es abordada como una construcción, producto de la interacción entre sus miembros. Los procesos históricos son constitutivos, en su desenvolvimiento pueden por lo tanto encontrarse explicaciones y responsabilidades sobre las relaciones e identidades sociales resultantes.

La cuestión es abordada por diferentes analistas, cada uno incorporando su propio matiz. Paul Pierson por ejemplo señala la forma en que

“Muchos científicos sociales asumen una perspectiva fotográfica de la vida política. Sus interrogantes giran en torno a una relación entre variables que interactúan en el presente: ¿cómo afecta los resultados políticos la distribución de la opinión pública?, ¿cómo las características sociales del individuo influyen en la propensión a votar?, ¿cómo las reglas electorales afectan la estructura de los sistemas de partido? Las disputas entre teorías en competencia se centran en torno a qué factores en el entorno actual generan resultados políticos de consideración. Los análisis centrados en variables se basan, sin embargo, en su opinión, sobre algunos supuestos cuestionables en torno a la forma como opera el mundo social. El significado de tales «variables» resultaría frecuentemente distorsionado cuando son sacadas de su contexto temporal.

Se sostiene por consiguiente un argumento fuerte para moverse desde la fotografía a los cuadros móviles. Ubicar la política en el tiempo –identificando sistemáticamente momentos particulares (incluyendo el presente) en una secuencia temporal de eventos y procesos– puede enriquecer considerablemente nuestra comprensión de una dinámica social compleja”⁶.

6. Pierson, Paul, “Not Just What, but When: Timing and Sequence in Political Processes”, *Studies in American Political Development* 14 1:72-92, 2000, pág. 72.

También Theda Skocpol introduce en su análisis de las políticas sociales en el siglo XX una firme defensa de la aplicación de un enfoque histórico: *la importancia de los feedback generados por una política es una de las mejores razones por las cuales cualquier explicación válida del desarrollo de las políticas sociales de una nación debe ser genuinamente histórica, sensible a procesos desarrollados a lo largo del tiempo.*

Debemos tener en mente que los resultados de una política no están nunca establecidos. Las políticas de un periodo a su vez afectan los arreglos gubernamentales y activan políticamente a grupos sociales que debatirán y ayudarán a determinar qué políticas vendrán. La política es inextricablemente histórica –y nuestra teoría desdeña este hecho sólo a su propio riesgo. Una trama centrada en el sistema político es necesariamente un enfoque históricamente orientado para formular las preguntas correctas y llegar a respuestas válidas sobre el curso del desarrollo político americano– pasado, presente y futuro, nos alerta esta analista⁷.

El mismo Pierson sin embargo, acota: *afirmar que la historia importa es insuficiente; los científicos sociales quieren conocer por qué, dónde y cómo se genera ese aporte específico⁸.*

Demostrar que la historia explica es a mi criterio una tarea a la vez historiográfica y metodológica. Requiere de la descripción densa propia del relato histórico y de una construcción del objeto de investigación que se apoye decididamente sobre coordenadas teóricas.

Las secuencias que vinculan a determinadas cadenas de hechos en el tiempo no son evidentes para una mirada ingenua. El historiador debe sacarlas a la luz y esta tarea se realiza de manera adecuada con utilización de teorías sociales afines a la construcción del problema de conocimiento que el historiador realiza.

En la ciencia política contemporánea pueden encontrarse algunos esquemas conceptuales particularmente aptos para esa función de apoyatura. Aquí me referiré específicamente a la polémica suscitada en torno a la identificación de los móviles de la

7. Skocpol, Theda. 1994. “The Origins of Social Policy in the United States: A Polity-Centered Analysis” En: Dodd, Lawrence C. y Jillson, Calvin (Eds.) 1994. *The Dynamics of American Politics*, Colorado: Westview Press, pág. 205-206.

8. Pierson, P., Op. cit., p. 72.

acción humana en un determinado contexto institucional. Cuestión obviamente vinculada a la problemática de la construcción de identidades y muy pertinente a mi criterio en el análisis de la crisis institucional que hoy nos conmueve

La literatura sobre institucionalismo de las últimas dos décadas nos proporciona algunas hipótesis para comenzar a desbrozar los fundamentos de las prácticas de los individuos insertos en un medio institucional: los trabajos con intención de síntesis suelen ordenar tales hipótesis según operen a partir de un enfoque basado en los intereses o fundado en las identidades, en ambos casos abordados como factores orientadores de la conducta individual y grupal.

En ese doble sentido la relación entre instituciones y prácticas puede abordarse utilizando un enfoque de cálculo estratégico, o bien recurriendo a la pautas socializadoras provistas por el contexto cultural.

El foco sobre la percepción y defensa de intereses es el ámbito del institucionalismo fundado en la elección racional (*rational choice*). Con ese foco, los analistas de esa corriente desarrollan una visión específica sobre el origen de las instituciones. En primer lugar identifican las funciones que lleva adelante una institución, luego explican su existencia en relación al valor que tales funciones tienen para los agentes involucrados. El supuesto que opera se basa en que tales agentes crean o sostienen la institución con el objeto de realizar ese valor, frecuentemente conceptualizado en términos de los beneficios resultantes de la cooperación.

Esta corriente en el interior del institucionalismo aplica por consiguiente una lógica racional al análisis de la conducta de los actores, acercándose de ese modo a las perspectivas neoclásicas. Sin embargo, a diferencia de ellas, que asumen mercados competitivos e instituciones homogéneas entre naciones, los institucionalistas se preocupan específicamente por explicar las diferencias institucionales en diferentes contextos nacionales y las razones de su persistencia a lo largo del tiempo, rechazando la identificación entre los enfoques de elección racional y los fundados en la economía neoclásica o la escuela de *public choice*. Según sus propios términos la atención otorgada a las instituciones y normas, la riqueza del contexto, las cuestiones de conflicto y poder y, ocasionalmente, el reconocimiento de motivaciones no egoístas, diferen-

cia nítidamente los análisis de elección racional de las aplicaciones directas de la economía a la política que caracterizaron el enfoque de *public choice*. Además, sus objetivos serían empíricos y explicativos, antes que normativos y exhortativos. En la contraposición realizada, mientras la escuela de *public choice* utiliza sus modelos para atacar el rol del estado en economía, los investigadores con enfoque de elección racional buscan explorar y comprender el rol que estado, política, grupos y organizaciones han jugado efectivamente en el desarrollo político y económico.

En contraposición, los trabajos que enfatizan el rol de las instituciones en los procesos de construcción de identidades adoptan a menudo una concepción más amplia, considerándolas no sólo como un contexto estratégico orientador de la acción sino como un conjunto de comprensiones compartidas que afectan la forma en que los problemas son percibidos y las soluciones buscadas. Conforme a este enfoque las instituciones suponen normas sostenidas colectivamente que definen la conducta apropiada, modelan las identidades de los actores e influyen sus intereses. Estamos aquí ante una perspectiva cultural que puede ser aplicada al análisis político destinado a explicar cómo algunas normas (y no otras) llegan a ser institucionalizadas. En este caso las perspectivas de análisis incorporan específicamente consideraciones de poder y/o legitimidad en su interpretación de cómo las instituciones emergen y se reproducen.

La vinculación entre cultura, valores e identidades nos ubica en el campo del institucionalismo sociológico. Esta escuela tiende a definir las instituciones de manera más amplia que los científicos políticos, para incluir no sólo reglas, procedimientos o normas, sino también los sistemas de símbolos, las escrituras cognitivas y los modelos morales que proporcionan las tramas de significación orientadoras de la acción humana. Al mismo tiempo, tiende a redefinir la misma cultura como instituciones, para considerarla como una red de rutinas, símbolos o escrituras que proporcionan modelos para la conducta.

En general este enfoque enfatiza el carácter altamente interactivo y mutuamente constitutivo de las relaciones entre instituciones y acción individual. Cuando los individuos actúan de acuerdo con las convenciones sociales, al mismo tiempo que se constituyen a sí mismos como actores sociales a partir de involucrarse en

actos socialmente significativos, refuerzan la convención o norma a la cual están adhiriendo. La relación entre el individuo y la institución, por consiguiente, es construida sobre una clase de razonamiento práctico, por medio del cual el individuo trabaja con, y retrabaja, los modelos institucionales disponibles para diseñar un curso de acción. Aunque esto no significa negar que los individuos puedan actuar conforme a metas racionales, existe una diferencia entre los teóricos de elección racional que a menudo proponen un mundo de individuos u organizaciones que procuran maximizar su bienestar material, y las perspectivas enraizadas en la cultura que frecuentemente proponen un mundo de individuos u organizaciones que buscan definir y expresar su identidad en formas socialmente apropiadas.

Como ya he señalado, el énfasis en identidades no excluye a los intereses como orientadores de la conducta. En los análisis que utilizan enfoques culturales los intereses son definidos contextual e intersubjetivamente, y las estrategias utilizadas para afirmarlos son entendidas como dependientes del contexto. Algunos analistas otorgan una importancia central al concepto de interpretación, que me interesa particularmente enfatizar aquí. Las interpretaciones de significación política particular son construidas desde los relatos de grupos e individuos que se esfuerzan por dar sentido a sus mundos sociales y políticos. Las interpretaciones compartidas de los actores –visiones del mundo– son importantes en cualquier análisis cultural en la medida que ofrecen una importante herramienta metodológica, junto con un examen de rituales y símbolos, para examinar tanto los sistemas de significación como la estructura e intensidad de la identidad política.

Espero que este razonamiento contribuya al esclarecimiento del dilema planteado por Luis Alberto Romero en el artículo citado. No se trata de elegir qué identidad buscamos construir o qué memoria intentamos recuperar. La identidad y la memoria responden a prácticas y valores incorporados a lo largo del tiempo. Si reaccionamos negativamente ante la memoria de los horrores del proceso es porque nuestro sistema internalizado de valores nos señala ese horror. La única forma de incidir en esa reacción, si la consideramos equivocada o socialmente dañina, es desentrañar su lógica de construcción y mostrar –si los hubo– los errores de interpretación que operaron en cada caso. Si esto fuera efectiva-

mente así, el rol del historiador o del cientista social resulta relativamente claro: nuestra tarea más importante es trabajar sobre las interpretaciones.

Para ello voy a retomar la metáfora que Romero acuñó, relativa a la existencia en el interior de cada uno de nosotros de dos identidades, parcialmente superpuestas, parcialmente conflictivas, la del historiador y la del ciudadano.

Considero que para analizar las instituciones universitarias la alternativa puede ser planteada en forma diferente: coexisten en el interior de cada uno de los agentes involucrados dos conjuntos de referentes identitarios parcialmente conflictivos: los intereses y valores vinculados a la vida académica y los intereses y valores relacionados con la problemática del poder.

Diseñamos nuestras instituciones universitarias sobre ese doble fundamento identitario: el académico se vinculaba a su función específica; la relación con el poder se justificaba en función de una renovación de su inserción en la sociedad bajo el imperativo de la democracia nuevamente recuperada.

El paso de los años y la agudización de la crisis hizo que paulatinamente privilegiáramos el componente de consolidación de poder sobre la pautas de legitimidad específicas de la actividad académica. Y las bases de ese poder dejaron de vincularse al nuevo orden democrático y se fragmentaron sobre otros ejes, legítimos y propios del pluralismo académico, pero definidos fuera de la Universidad y no siempre funcionales a los objetivos que constituyen su función primordial.

Cuando un miembro de la Universidad tiene un comportamiento intolerante –es la hipótesis que propongo debatir aquí– su conducta no se explica porque el oponente ocasional piensa de manera diferente. El fundamento de esa conducta reside en que el ocasional oponente representa, o forma parte de, una diferente alternativa de poder.

Las diferencias de opinión tienen o deberían tener un lugar natural en el debate académico. La confrontación por espacios de poder debería instalarse en ese mismo ámbito y asumirse en términos racionales. Algunos episodios de intolerancia en los últimos meses me hacen temer que esa lógica se esté perdiendo entre nosotros. Ello sucede, a mi criterio, cuando la confrontación no se centra en diferentes perspectivas de orden –del mejor orden, del or-

den adecuado, del orden posible— para una sociedad en proceso de cambios, sino que asume una lógica de clientelas enfrentadas por conservar o incrementar su control de recursos escasos en una institución en crisis, abrumada por la crisis de la sociedad de la que forma parte.

No me siento en condiciones de incorporar en este punto alguna reflexión optimista sobre el futuro. Pero tampoco creo que tengamos motivos que justifiquen el abandono de determinados valores vinculados con nuestra responsabilidad como docentes e investigadores. Probablemente tenemos, en el espacio de trabajo cotidiano, más estímulos para sentirnos satisfechos, más posibilidades de crecer, que la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos. Podemos considerar que, al menos en parte, el optimismo radicaría en subrayar nuestra posibilidad de fortalecer los vínculos que hemos construido alrededor del trabajo. La Universidad es un escenario significativamente poblado de interpretaciones y referentes, afortunadamente mucho más proclive por consiguiente a la multiplicidad de lenguas y significantes, cuya convivencia en un ámbito plural debería ser lo que la defina como institución.

Bienvenida sea, entonces, la generación de cualquier espacio —jornadas, seminarios, y por supuesto publicaciones— que sirva para comprender que no es la competencia, sino la colaboración y el diálogo en torno a una práctica académica responsable las herramientas que mejor nos ayudarán a soportar la crisis.

DOSSIER: Religión y Política (siglos XVII-XIX)

ÍNDICE

Presentación	7
Artículos	
Entrevista a Tulio Halperín Donghi	9
<i>Entrevistador: Alejandro Moreira</i>	
Entrevista a Manuel Cruz	19
<i>Entrevistadora: Marisa Germain</i>	
El 'efecto-Foucault' en la historiografía brasileña	37
<i>Margareth Rago - Traducción: María Luisa Múgica</i>	
Apuntes sobre el presente:	
Sobre los historiadores, la política y la universidad	57
<i>Susana Belmartino</i>	
Dossier: Religión y Política (siglos XVII-XIX)	
Presentación	
El distrito londinense de la Calle Coleman y el mundo atlántico del republicanismo radical, 1624-1661	69
<i>John Donoghue - Traducción: Beatriz Dávila</i>	
El arte de hablar por el pecho: adivinación, ventrilocuismo y esclavitud entre mujeres africanas en Nueva España durante el siglo XVII	125
<i>Javier Villa-Flores</i>	
Desobediencias legales y legalidades insurgentes. Discusiones en torno a las atribuciones de los poderes civiles y eclesiásticos en el Río de la Plata, 1810-1817	155
<i>Ignacio Martínez</i>	
El púlpito anticlerical. Ilustración, deísmo y blasfemia en el teatro político postrevolucionario (1814-1824)	183
<i>Roberto Di Stefano</i>	

ITNERARIOS
ANUARIO DEL CEEMI

Diseño Gráfico Integral
UNR EDITORA

Editorial de la Universidad Nacional de Rosario
Urquiza 2050 - S2000AOB - Rosario - Santa Fe
República Argentina
Edición de 300 ejemplares
Setiembre 2007